

CAPITULO XII

EXPANSIÓN APOSTÓLICA DE LA PROVINCIA DEL PARAGUAY EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVII

SUMARIO: 1. Excursiones apostólicas que se hacían desde todas las casas de la Provincia —2. Se restaura la misión de Calchaquí y se arruina en 1658. —3. Tentativas para establecer misión en el Chaco.—4. Fundación del colegio de Tarija para entrar a los indios Chiriguano.—5. Principio de las misiones de los Chiquitos.—6. Feliz progreso de estas misiones, hasta 1705.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. *Cartas de PP. Generales*.—2. *Anuas* de la provincia del Paraguay.—3. Documentos del Archivo de Estado en Roma.—4. Documentos del Archivo de Indias.—5. Documentos de la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile.—6. Documentos de la Biblioteca Nacional de Lima.—7. Documentos de la Biblioteca Nacional de Río Janeiro.

1. Hemos apuntado en el capítulo anterior los trabajos habituales de los jesuitas, así en los colegios como en las célebres misiones del Paraguay. En los primeros enseñaban como en Europa, a los hijos de los españoles; en las misiones catequizaban constantemente a los indios convertidos y los industriaban en las artes y labores propias de un pueblo civilizado. Estas faenas, aunque penosas y habitualmente molestas, se podían considerar como la vida ordinaria del Paraguay y sólo se reputaban trabajos extraordinarios aquellos que de tiempo en tiempo se emprendían para difundir más y más la luz del Evangelio. Como todas las provincias de América, y probablemente más que las otras provincias, se esforzó la del Paraguay en extender cada vez más el radio de su acción para difundir la luz de la fe por regiones nuevas y todavía inexploradas. Explicaremos en este capítulo las principales empresas que podríamos llamar de expansión apostólica, o sea los esfuerzos que se hicieron en el Paraguay durante la segunda mitad del siglo XVII, para dilatar la fe católica entre los gentiles.

El primer acto de expansión generosa eran las misiones que de todos los colegios de la Compañía salían de tiempo en tiempo

a las comarcas circunvecinas. Estas salidas se hacían a territorios conocidos, pero sin embargo, más que en otras provincias era muy frecuente en los misioneros del Paraguay el adelantarse a otras tribus de indios, que se hallaban casi desligadas de todo trato con europeos. En 1658, deseando el P. Provincial Francisco Vázquez de la Mota, informar a nuestro P. General de las misiones y salidas que se hacen en todas las casas del Paraguay, le presenta una estadística, que nos ha parecido conveniente reproducir a la letra. Véase lo que hacían los Padres del Paraguay para la conversión de las almas.

«Primeramente, dice el P. Provincial, en los dos ríos del Paraná y Uruguay son veinte las reducciones o pueblos de indios reducidos a la fe por los misioneros de esta provincia. En cada una de dichas reducciones asisten dos sacerdotes, atendiendo al cultivo de los indios en la fe y costumbres cristianas. De esta misión permanente suelen salir cada año dos Padres a la ciudad de Corrientes por la cuaresma a hacer misión. Para la sierra de Tape y otras partes suelen salir otros a recoger los indios montaraces. Los pueblos reducidos eran antes cuarenta y ocho; pero los veintiséis los destruyeron los del Brasil llevándolos cautivos. En la provincia de los Itatines, donde hay muchos infieles, tenemos ya otras dos reducciones de indios reducidos por la Compañía, y en cada una dos sacerdotes. De aquí suelen salir dos o uno, conforme a las comodidades o necesidades que ocurren, a otros pueblos de indios, así de infieles como ya cristianos, que están a cargo de sacerdotes seculares, para confesarles e instruirles en las cosas de la fe de que grandísimamente necesitan. Otras veces sale alguno a misión, en busca de gentiles o de cristianos fugitivos, por los montes a cuarenta, a cincuenta y a sesenta leguas de distancia, y este año se han hecho a la otra banda del Río Paraguay misiones a los infieles.

»Del colegio de la Asunción del Paraguay se hacen misiones cada año por los pueblos circunvecinos, y por las estancias y heredades de los españoles, con no pequeño fruto de almas muy necesitadas de doctrina y Sacramentos, y también estos dos años se han hecho misión a la Villarica de Maracayú y a los pueblos de su comarca. Del colegio de Salta se hacen cada año misión al Valle de Siancas, a los indios Pulares, Payogastas, Chiguano, Abtacis, Suracatán, Escape, Cachis, a los Chocomoros a la ciudad de Jujuy y a las de Tilcara, Umaguaca, Cuchinoca y Casa-

viudos. Del colegio de Santiago del Estero se hacen misiones a los ríos Dulce y Salado, a donde hay catorce o diez y seis pueblos de indios. Del colegio de la Rioja se hacen misiones a Fátima a los Abaucanes, a la Guandacol y a Pomán a los Malines y a Catamarca. Del colegio de Tucumán se hacen misiones a los pueblos de indios comarcanos, como son los Sules, el valle de Catamarca y otros. Del colegio de Córdoba se hacen misiones por su comarca a los pueblos de indios y estancias de españoles en grandísimo número y a distancia de diez y ocho o veinte leguas. Las partes principales son los pueblos de Córdoba, río segundo, tercero y cuarto, valle de Calamochita, Lagunilla, Soto, Salsacate y toda la sierra de Córdoba hasta el paraje que llaman sierra de Santa Ana, Carranza y Quillotara, y todo el camino real de Santiago hasta donde se termina la jurisdicción de esta ciudad que son casi cuarenta leguas. Del colegio de Santa Fe se hace misión al río Salado, poblado de estancias de españoles, a la Vaquería de la otra banda del río Paraná, a los indios Colastines y a los Calchaquí. Del Colegio de Buenos Aires se hace misión a los campos grandes, al Riachuelo, a la Magdalena, al Tubichamini, a los Pamperos y al río de las Palmas. También tenemos a nuestro cargo la misión del valle de Calchaquí, indios guerreros y feroces, y residen en ella cuatro Padres, años ha, donde tienen dos reducciones y de ellas corren todo el valle e indios circunvecinos» (1).

Por esta relación del P. Provincial se entiende el gran trabajo que se tomaban los jesuitas del Paraguay para evangelizar veinte o treinta leguas en torno de cada colegio y para socorrer espiritualmente a la población, así indígena como española, que solía estar muy necesitada de doctrina y sacramentos. Cuán provechosa fuese esta labor de nuestros Padres nos la da a entender de un modo muy expresivo, un Gobernador del Tucumán, el señor D. Tomás Félix de Argandoña, que escribía al Rey Carlos II en 1687 una breve relación de la cual copiaremos lo más sustancial. Declara el Gobernador que ya lleva diez y nueve meses a la cabeza de Tucumán y ha experimentado las grandes dificultades que en aquel vastísimo territorio se ofrecen para administrar los sacramentos a los indios y españoles. El clero secular es

(1) Roma. Archivo di Stato, *Gesù, Collegia*, 113. «Misiones que se hacen en los colegios y reducciones de la provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús.»

muy escaso, y aunque quieran los curas, no pueden administrar los sacramentos a todos sus feligreses por la inmensa extensión que suelen tener las parroquias. Después continúa de este modo:

«Pero he visto que la religión de la Compañía de Jesús suplía a costa de sus continuos trabajos esta gran falta de clero que hay en esta provincia, y todo el año, de cada uno de sus colegios, están continuamente dos religiosos haciendo misiones en las campañas, confesando y enseñando la doctrina cristiana y diciéndoles misa, sin dejar el más remoto ni áspero sitio a que no vayan, cuanto más imposible con más anhelo, por la necesidad en que consideran a las almas. Aseguro a V. M. me han informado los más sujetos que por pobreza tienen sus familias en la campaña que sólo oyen misa y se confiesan, cuando los misioneros de la Compañía de Jesús llegan a sus casas; pues es tan grande la pobreza universal de esta provincia, que se pasan muchos años sin que vayan a las ciudades vecinas, por no tener qué vestir, y lo pasan en el campo con tan gran desdicha, que los más en todo el año no comen pan sino carne y algún maíz.»

Insinúa después, que sería bueno señalar una pensión a estos misioneros de la Compañía, para que pudieran llevar ese trabajo continuo con menos dispendio. «Continuamente están, dice, en las campañas, en diversas partes, diez religiosos de la Compañía, que obran en el pasto espiritual más que pudieran hacer veinte curas, pues no paran en la casa adonde llegan más que las horas necesarias, en que logran las almas el consuelo necesario que necesitan. Esto, señor, es verdad tan notoria, que ninguno de esta provincia o que haya estado en ella puede ignorarlo. Por cualquiera parte que haya caminado, habrá encontrado religiosos misioneros de la Compañía» (1).

Esta labor asidua de los jesuitas del Paraguay era muy bien vista por los Generales de la Compañía, y en algunas de sus cartas hallamos frases de expresivo agradecimiento a la provincia paracuariense, por el celo que desplegaron sus súbditos en las misiones circulares en torno de los colegios. El 20 de Noviembre de 1687 escribía el P. Tirso al Provincial estas palabras: «Agradezco a V. R. con todo mi corazón el santo celo, con que imitan-

(1) *Anuas de la provincia del Paraguay*, 1681-1692. En el capítulo segundo copian textualmente la carta de Argandoña.

do a sus predecesores ha procurado se haga misión de todos los colegios, por las jurisdicciones de las ciudades, proveyendo con este ministerio de doctrina, sermones y sacramentos a los españoles e indios que en sus estancias tan retiradas de poblado carecen de todo bien. Cerca de esto ruego a V. R. lo primero, que de todos los colegios se haga, o en todo el ámbito de sus términos o en la mayor parte que fuere posible, enviando para este fin si fuere necesario, por ser corto el número de sujetos, alguno de otros colegios más numerosos. Lo segundo, encargo que se hagan misiones en las ciudades grandes y también en las poblaciones menores, como con fruto copiosísimo se estila en España» (1).

2. Más que las misiones ordinarias que se daban desde los colegios merecen reputarse como expansiones apostólicas las nuevas misiones de infieles que procuraron establecer los Padres del Paraguay, aunque en varias de ellas hubieron de padecer amargas decepciones. Sea el primer caso la misión del valle de Calchaquí.

En los tomos precedentes hemos referido las varias entradas, casi siempre infructuosas, que hicieron los jesuitas en este valle desde el año 1588. Era singular la dureza de carácter que mostraban aquellos indios. Durante muchos años ni el Evangelio ni el imperio español pudieron poner el pie en aquel valle de ochenta leguas de largo y tres o cuatro de ancho que corre de Norte a Sur al Oeste de Tucumán. Habiéndose asentado algún género de paz entre calchaquíes y españoles en 1635, hubo luego conato de establecer una misión. Pero al poco tiempo desapareció la obra comenzada.

Llegado el año 1644, nuestro buen amigo, el Sr. Obispo de Tucumán, Fray Alonso Maldonado, entendiéndose con el gobernador Gutiérrez de Acosta y Padilla, invitó a la Compañía a intentar de nuevo la reducción de los calchaquíes. Aceptaron nuestros Padres esta empresa penosa, y sin pedir un céntimo al Estado, adelantáronse al valle de Calchaquí, y aunque en la entrada hubieron de padecer oprobios, desaires y hasta palos y golpes de los indios, por fin se establecieron en aquel valle, y a costa de innumerables fatigas, lograron entablar dos reducciones, que se

(1) *Cartas de PP. Generales*. Al Provincial del Paraguay, 20 Noviembre de 1687.

llamaron San Carlos y Santa María (1). En los catálogos de los años siguientes figuran estas dos reducciones de Calchaquí, como apéndice a las célebres reducciones del Paraná y del Uruguay.

El mismo P. General Goswino Nickel se interesó algunos años después por esta misión, y el 24 de Enero de 1655 escribía al Provincial estas palabras: «Ruego a Nuestro Señor que la misión de Calchaquí, que está aneja al colegio de Salta, vaya en aumento, y de lo que insinúa el P. Pastor parece que puedo colegir que, por medio de la peste que han padecido aquellos indios, han comenzado ya a dejar su natural fiereza, pues algunos se han reducido a nuestra santa fe. Encomiendo a V. R. que solicite sus aumentos» (2).

No dejaron de solicitar el incremento de esta misión los Padres del Paraguay. Cuatro residían habitualmente en Calchaquí, dos en cada una de las misiones; pero desgraciadamente el terreno continuaba tan estéril como antes. Los misioneros tenían que ofrecer muchas tribulaciones a Dios, pero recogían muy poco fruto espiritual para la Iglesia.

Nadie nos explicará con más claridad lo que allí se hacía que el mismo Sr. Obispo de Tucumán. Oigamos lo que escribía a Felipe IV en Agosto de 1658: «Habrá catorce o quince años que, gobernando D. Gutiérrez de Acosta y Padilla el Tucumán, con acuerdo suyo y mío y órdenes de la Iglesia para su ejecución, pedimos el Obispo y el gobernador por el servicio de Dios y en nombre de V. M. a la Compañía de Jesús, que volviese a entrar al dicho valle de Calchaquí. Hallóse sin quien entendiese la lengua, que es singular. Admitió la acción, el peligro y el inmenso trabajo y el gasto afectuosamente y aprendió la lengua con mucho trabajo. Entraron ha de doce a catorce años los Padres, sufriendo que les diesen de palos y muchos oprobios, respondiendo a esto con vida evangélica y apostólica, cargando ellos muchas veces el agua y la leña, y gastando su religión en el subsidio,

(1) Todavía subsisten estos dos nombres, como puede verse en el Atlas publicado en 1912 por Scobel, *Andrees Allgemeiner Handatlas in 139 Haupt- und 161 Nebenkarten...* Bielefeld und Leipzig 1912. Véase la carta 199-200. Sin embargo, no nos atrevemos a asegurar que estos dos pueblos estén situados donde los entablaron entonces los jesuitas, pues eran fáciles y frecuentes las traslaciones en aquellos pueblos rudimentarios.

(2) *Cartas de PP. Generales*. Al Prov. del Paraguay, 24 Enero 1655.

sustento, vestidos y ornamentos de sus propias expensas. Este ha sido el nervio y la substancia del gasto; porque aunque de algunas ciudades circunvecinas y devoción de los fieles les socorrieran, no pasaba el socorro de tres o cuatro vacas o carnes saladas y algún poco de bizcocho. El entero de estos gastos, Señor, la Compañía lo ha hecho, cercenando del de sus colegios.

Los religiosos del valle de Calchaquí se redujeron a dos reducciones, de San Carlos y Santa María. En cada una estaban dos y en la una el uno era superior. Han estado todo el tiempo sobredicho. Tenían su modo de colegio, con su clausura y en cada uno su iglesia y sus campanas. Los indios ya les tenían amor; pues cuando las obras evangélicas y apostólicas no rinden a tales idólatras al conocimiento de Dios, por lo menos sujetan en todo o en parte la fiereza natural y no deja la luz de la razón siquiera con vislumbres de conocer los visos del buen trato. El fruto espiritual de estos religiosos en este valle en los adultos ha sido ninguno desde que ha que están dentro. Lo que yo he averiguado es, que de solos dos adultos hay esperanzas de su salvación. Otro fruto se cogía y era que con tratos humanos y apacibles algunos curacas les daban los hijos y ellos criábanles, limpiábanlos, vestíanlos, sustentábanlos, los doctrinaban en las cosas civiles y de la religión, aunque unas veces los padres se los quitaban, y otras los naturales, con el ejemplo de los viejos y de sus padres, en llegando a tal edad, se volvían a su naturaleza. Otro fruto se cogía y era el más colmado y grande. Muchos niños se morían con el bautismo. A algunos que traían sus padres ya de alguna edad, se les rehusaba el bautismo por la falta de disposición y el peligro inmediato de volver a la idolatría. Otro fruto hacían grandísimo y era que en las grandes pestes, las madres y los padres aburridos echaban las criaturas a los montes y quebradas y los Padres de la Compañía por partes a pie, por no ser posible otro recurso, andaban por los montes en busca de estas criaturas y las bautizaban, padeciendo asimismo en estos puntos mucho trabajo con los adultos y partían con ellos el subsidio que tenían para sí» (1). Hasta aquí el Obispo de Tucumán. Tales eran los gravísimos trabajos y juntamente el escaso fruto que se recogía en las misiones de Calchaquí.

A los catorce años de continuas penalidades terminó súbita-

(1) Arch. de Indias, 74-6-30.

mente esta misión de un modo inesperado. El año 1657 penetró en el valle un capitán español, llamado Pedro Bohorques, que se ganó bastante la voluntad de aquellos indios, y no sabemos con qué artes llegó a persuadirles que él era descendiente de los soberanos Incas del Perú y que debían aclamarle Emperador y Soberano suyo. Tuvo un éxito increíble esta peregrina patraña. Los calchaquíes aclamaron a Bohorques por su Inca y Señor, le llevaban en andas, y él se mostraba vestido de ciertos trajes e insignias abigarradas, que decía ser de los antiguos Incas (1). Las autoridades españolas tomaron a risa por lo pronto esta peregrina invención, y se alegraron de que los indios se aficionaran al capitán, esperando de este modo tenerlos más sometidos al imperio español. Empero la escena cambió de aspecto muy pronto. Todos se convencieron de que el tal Bohorques era un grandísimo bellaco, que lejos de apoyar el imperio español y mucho menos la predicación del Evangelio en el valle de Calchaquí, sólo pensaba en ser dueño absoluto y soberano independiente de aquellos indios. Aunque a los principios dió muestras de afecto a los misioneros jesuitas; pero conoció muy pronto que no le estaba bien tener a la vista aquellos testigos de sus trapacerías. Trató, pues, de deshacerse de los misioneros, y lo ejecutó súbitamente en Agosto de 1658.

El Gobernador del Tucumán, Alonso de Villacorta, queriendo enterarse de lo que sucedía en el valle, intimó a Bohorques que se presentase en Santiago del Estero. El nuevo Inca no quiso salir del valle, y en cambio envió al P. Pedro Patricio, uno de los cuatro misioneros, para que se presentase al Gobernador, le diese sus explicaciones y procurase excusarle con él. Mientras el P. Patricio desempeñaba esta delegación con la mayor buena fe del mundo, supo que en el valle de Calchaquí habían sido destruidas nuestras dos reducciones y habían debido huir a toda prisa los otros tres misioneros. Gravemente afligido por esta nueva inesperada, trató de volver cuanto antes a Calchaquí e informarse de lo que había sucedido. Llegó sin novedad a la primera reducción y la halló toda arruinada. Él mismo nos contará sencillamente lo que allí descubrió.

(1) Sobre este episodio grotesco de Bohorques existen numerosos documentos en el Archivo de Indias, y pueden verse anotados por el P. Pastells, *Hist. de la Comp. de J. de la prov. del Paraguay*, t. II, desde la pág. 469 en adelante.

Escribiendo al P. Provincial desde Salta el 27 de Agosto de 1658 le dice que al llegar a la reducción preguntó a los indios quién había hecho el horroroso destrozo que allí se veía; «respondieronme, dice, que habían oído que lo había hecho D. Pedro Bohorques con los indios retirados de Londres, capitaneándoles su manceba, llamada *la chilena*, que con algazara decía: vengan ahora los Padres y vean si Dios les ayuda o el Rey por quien tanto vuelven».

Preguntó después a los indios cuándo se había hecho aquel estrago, y le respondieron que el 3 de Agosto. Quiso saber dónde estaba Bohorques, y le dijeron que se había retirado a un fuerte en Chuechagacha, donde estaba rodeado de los indios fugitivos y de otros de las tribus de los Pulares. «No habiendo podido sacar más, dice el P. Patricio, me volví luego a Salta para dar aviso al señor Gobernador el 22 de este mes. En la entrada de la quebrada hallé una carta del P. Eugenio de Sancho escrita en el fuerte de Andalgalá al P. Rector de Tucumán, a nueve días de éste, en que le daba cuenta de su expulsión de Santa María y de la destrucción de su casa e iglesia, que fué a cinco de este mes, dos días después de la de San Carlos. Este ha sido el paradero de tantos afanes nuestros pasados en tantos años. La pérdida de las dos casas e iglesias, con todo cuanto tenían en la sacristía y todos los libros y papeles, alhajas, provisiones y ganados, será por lo menos de diez mil pesos, fuera de los edificios, que en cualquiera parte de la provincia valdrían por lo menos cuatro o cinco mil. La Compañía no ha tenido parte en este alzamiento ni ha dado causa alguna ni jamás ha sido sabedora de tales cosas» (1). Con este trágico suceso se interrumpió súbitamente la misión de Calchaquí, que no volvió a intentarse en muchísimos años ni jamás produjo provecho alguno espiritual de importancia.

3. Algo más se avanzó, aunque siempre con éxito poco feliz, en las misiones del Chaco. Conviene precisar un poco lo que con este nombre se significa. El vulgo llamaba ordinariamente Chaco a las vastísimas llanuras que se extienden al oeste del río Paraguay hasta que llegan a encontrarse las primeras estribaciones de los Andes. Recientemente los litigios que se han suscitado entre las naciones americanas sobre la cuestión de límites han

(1) Río Janeiro. Bibl. nac. Mss. *Angelis*, 405. Patricio al Provincial. Salta, 27 Agosto 1658.

obligado a precisar mejor los territorios significados con este nombre. Después de largos debates, que sería prolijo referir, se ha convenido generalmente en distinguir tres regiones en el Chaco. La primera es la que se llama Chaco Austral, o sea la inmensa planicie situada al sur del río Bermejo y que se extiende desde este río hasta las regiones poco más o menos de Santiago del Estero. Llamamos Chaco central a la faja extensísima que corre desde el río Paraguay hacia el noroeste entre los dos ríos principales, Bermejo y Pilcomayo. Por último han recibido el nombre de Chaco Boreal las regiones situadas entre el Pilcomayo, el Paraguay y el sur de la república de Bolivia, que después de largos pleitos han sido finalmente asignadas a la república del Paraguay.

Desde que los jesuitas penetraron en las tierras del Tucumán y del Paraguay a fines del siglo XVI, hicieron excursiones con varia fortuna en el Chaco y lo recorrieron en diversas direcciones, convirtiendo cuanto podían a los naturales del país, pero sin lograr nunca establecimiento fijo en aquellos vastos países. El no existir poblaciones españolas, la gran dificultad de las comunicaciones, la falta de algunos elementos muy necesarios para la vida hacían difícilísimo el detenerse largo tiempo en aquellas llanuras, y de ley ordinaria después de sembrar la palabra evangélica entre las tribus que aparecían y desaparecían en aquellas regiones, volvían los jesuitas al punto de partida, esto es, a las poblaciones españolas situadas al Oeste y al Sur del Chaco.

A mediados del siglo XVII hubo conatos de fundar misión estable en aquel país. El P. Juan Pastor había hecho cierta excursión hasta los indios llamados Avipones, pero no pudo detenerse allí, y esta misión que andando el tiempo había de lograr relativa celebridad, quedó todavía en suspenso hasta casi el siglo XVIII. En 1653, siendo Provincial el mismo P. Juan Pastor, determinó probar fortuna e introducirse entre los Mataguayos, indios que habitaban entre los ríos Bermejo y Pilcomayo. Escogió a los dos PP. Juan de Medina y Andrés Luján y consultando el negocio con el Gobernador de Tucumán D. Ramón Nestares Marín entró por la parte del Oeste en aquellas vastas llanuras. Iba con los Padres un maestro de campo, D. Gabriel de Palacio, y algunos soldados de escolta, y habiendo logrado avistarse con algunos caciques del país, les dió a entender lo mejor que pudo, el proyecto que tenía de establecer un pueblo, donde los indios apren-